

Luis Grau

Museos (Una vez más en la estacada)

Museu, museo... ese claroscuro objeto de deseo. Pero, ¿qué es un museo hoy en día? Sabemos, o al menos creemos saber merced a sesudos estudios históricos de cuando la museología consistía en eso, en estudiar la historia de los museos, lo que fueron esas instituciones antaño. Sabemos o creemos saber también qué queremos decir a propósito de ellos en cuanto a su perfil legal, instrumental o funcional, pues proliferan las definiciones de ese tipo en textos técnicos y normativos, aunque a menudo defrauden por cansinas, erráticas o fragmentarias, basadas todas en el mismo y oficial discurso, algo añejo, algo delusorio. Sabemos qué pretenden esas instituciones en sus anhelos confesables y confesados, en sus afanes por seducirnos y *fidelizarnos* cuando nos convocan, porque supuestamente no pueden vivir sin nosotros, aunque a menudo planifiquen su vida sin tenernos en cuenta. Sin embargo, en nuestros melancólicos y frenéticos días resulta difícil responder a esa cuestión, saber qué cosa es un museo con la que está cayendo. Más si tenemos en cuenta que tanto la esencia como la existencia del museo han sido tan forzadas, y que, de tan pretendidas y mediatizadas, resulta casi tan difícil decir qué es un museo como ratificar qué no lo es o qué no ha de serlo.

Pocas instituciones tan exigidas como el museo, pocas a las que se solicite y de las que se espere tanto, pocas de las que nos fiemos y, al mismo y paradójico tiempo, recelemos tanto. En recodos de esos requerimientos, de ese camino reciente y laberíntico, casi llegamos a olvidarnos de solicitarle una colección, el tradicional estatuto de lugar destinado a ordenar una reserva selecta de objetos con el propósito de referir y probar una historia (o muchas) que ha de representarnos. Casi nos olvidamos de que, aparte de tantas y tan variadas ceremonias, actos y vanidades como se alojan en él, un museo ha de cobijar y atender una función específica en el universo de las criaturas culturales.

Quizás el motivo del desprestigio de la primigenia función del museo reside en el descrédito y desconcierto a propósito del contenido a transmitir en el marco de ese cometido. No estamos seguros de *casí* nada. Desconocemos el sentido último de un útil lítico, depositado junto a un cadáver prehistórico, sin marca alguna de haber sido utilizado, de la misma manera a como se nos escapa la práctica totalidad de los gestos que la humanidad ha realizado durante su inmensa y oscura biografía, de la misma a como se nos escapa el sentido histórico, último y proyectivo, de gran parte de la creación contemporánea que albergamos en los museos para pasmo, indiferencia, y a veces hostilidad del ciudadano que la mira a veces, la admira menos veces, y casi

siempre la financia. Pero desde los murales de Altamira a los de Daniel Buren, sabemos que existe una pulsión característicamente humana que va más allá de lo práctico, de lo inmediato, de lo necesario y pretende trascendencia, manifiesta una inequívoca vocación de permanencia y significación. Una vocación que aún seguimos compartiendo colectivamente -por ejemplo, y sobre todo- en los museos.

Estancias caprichosas para una intención ilusoria. La agrupación y selección artificial y el ordenamiento de series de objetos (de *enseres sociales*) construyen universos a escala que pretenden personificar a la sociedad que los exhibe con pretenciosa futilidad. Cada museo es una botella con un mensaje en su interior, arrojada por una sociedad naufraga de sí misma. Aunque con frecuencia esos artilugios de memorización, *mne-motécnicos* a escala colectiva, revelen más por lo que se deja de lado, en la cuneta de la memoria, por lo que se queda en los almacenes de los museos o ni siquiera llega a ellos. De alguna forma, los museos se comportan como un escondrijo y una celada; nos mienten al mismo tiempo que nos dicen la verdad, pero ¿su verdad o la nuestra?

Los objetos que exhiben y las historias que pretenden que creamos se benefician de la autoridad desmedida que les conferimos por el mero hecho de estar en el museo. En tiempos de descrédito y sospecha acerca de todos los *media*, el museo mantiene intacto su prestigio: lo que en él se cuenta es verdad, más allá de la duda, el recelo o la discrepancia. De ahí su responsabilidad y su culpa. Y de ahí que, en el Museo cuenten más sus renunciadas, olvidos y lagunas, sean intencionadas o *actos fallidos* de tipo freudiano, que lo que exhibe.

Los museos revelan lo que hemos sido cuando los concebimos, lo que seguimos siendo cuando los mantenemos, lo que querríamos llegar a ser si alguna vez no los necesitásemos. Para descubrir su trampa y su cartón, o al menos para reconocer que hay tales, debemos visitarlos mirando más allá de la opacidad de sus diáfanas vitrinas. Y salir de él con más dudas que certezas.

Por ese motivo, de aquella inseguridad, de la magnitud inabarcable de tales incertidumbres, el museo -una vez más- está extrayendo sus actuales fortalezas, haciendo de la necesidad virtud, bullendo de sutiles cambios y minúsculas revoluciones.

En nuestros días nos enfrentamos a un museo inasible en su esencia, dispar, disperso y diverso. Como la sociedad que lo alumbró. Nos hallamos, incluso, ante públicos minoritarios o impelidos por la novedad, masificados o ausentes, infieles en resumen. El museo se ha expandido desmedidamente, su «burbuja» se ha hinchado hasta una extrema inestabilidad: del territorio a lo intangible, contraído a escrutar el instante y la anécdota, descendido a las honduras arqueológicas o ascendido las alturas monumentales, impregna toda traza de la ecología humana, *musealiza* o *museifica* todo tipo de patrimonio, de evidencia y argumento, por emergente o heterogéneo que éste sea. Su destino como referente cultural ha cedido ante las exigencias (políticas, pero también sociales) de supuestas *rentabilidades*, juzgado en términos empresariales, financieros o estadísticos. Su identidad ha perdido enteros, y ha sido invadida de espíritus *maliciosos* (el *mall* o centro comercial, el *entertainment*, el turismo...). Muchos museos compiten por una audiencia cada vez más previsible y estereotipada, y pretenden acceder al territorio inocente y aséptico de la administración del tiempo libre, del pujante *negocio del ocio*, a base de renunciar a su idiosincrasia para compartir recursos y lenguajes destinados a dar asilo a ese tiempo sin destino que se agolpa durante fines de semana y vacaciones.

Por otro lado, en ocasiones apresamos nuestro pasado (y nuestro imaginario presente) y lo encerramos en las paredes del museo para que no suponga una rémora a un futuro que se nos echa encima y aún no comprendemos, para que no afecte, con su carga de capacidad crítica, de cuestionamientos, a nuestra vida diaria, a nuestros sueños inconformes y vulgares. En esos museos elaboramos discursos *light*, interpretaciones sometidas a voluntades políticas y sociales interesadas que conforman una visión de las cosas cautelosa, ramplona, lenitiva. Para esto no es necesario el museo.

Porque para dar sentido al museo, una vez más, las instituciones públicas deben asumir un distinto papel respecto al que han desempeñado hasta la fecha. En un país donde la inmensa mayoría de los museos son de titularidad pública o dependen sobremanera de lo público para subsistir, ello no debe significar un mayor control, una injerencia o una dependencia ideológica, política, o simplemente el desdén que se verifica demasiado habitualmente. Las llamadas «buenas prácticas» que algunos sectores propugnaron hace años (y cuya aplicación ha dejado tanto que desear) habrán de progresar hacia la emancipación de muchos otros aspectos de la vida de los museos para evitar que el peso de legitimación que estas instituciones tienen desde siempre respecto al poder que las ampara lastre su crédito y acabe por despedazar su futuro en medio de una mediocre insipidez.

Para lograrlo, cabe buscar la implicación del amplio sector de profesionales relacionados con los museos, un sistema laboral y profesional creciente, complejo y en absoluto relacionado solo con el trabajo en o para el museo sino abierto a una miríada de intereses y gremios, en extensión constante hacia ámbitos de formación y gestión novedosos y enriquecedores, hacia nuevas inteligencias culturales que encuentran en el museo un crisol, un foro, una encrucijada.

Para ello, al fin, la vieja aspiración de servicio a la sociedad que inflama la vida de los museos desde siempre, más aún desde aquella vieja *nueva museología* nacida en las barricadas del 68, debe recalar en un nuevo compromiso, en un *nuevo contrato social del museo* con su escenario ciudadano, que se nutra de una vocación de accesibilidad, de un ánimo de cercanía sincero y de una búsqueda permanente de reciprocidad. Ese paisaje de renovación, uno más de los que históricamente han afectado al museo permitiendo su resurgimiento entre las cenizas de todas las piras que lo han consumido, ha de verse alumbrado por un *new deal*, una nueva frontera museística.

Por otra parte, la renovación de sus relatos y sobre todo, de su forma de contarlos. Frente a su viejo papel de santuario de la memoria oficial, el museo se decanta por convertirse en un foro para la incertidumbre y la inquietud, poniendo en juego -en una vuelta de tuerca arriesgada- su ilimitado crédito social para prestarse como escenario del cuestionamiento. Se entra en él seguro y se ha de salir errabundo, dubitativo, bullente, enriquecido. Aún no sabemos dónde conduce este sendero, es pronto para dilucidar el éxito de esta estrategia comunicativa, pero donde antes se sancionaban los relatos del poder, ahora se pretende cuestionarlos.

Y más allá de las tecnologías, que ya no son nuevas y por tanto ya no serán más un fin, una vitola de prestigio sino una herramienta (imprescindible, sí, pero una más), la renovación de los lenguajes museísticos ha de consistir en una suerte de expresión de ese compromiso, de esa sinceridad: no se perseguirá el pasmo o la cartera, sino la cooperación. Más allá de sus gastadas anteojeas (vitrinas, galería, sala, ambientación...) y de su versión contemporánea (performance, instalación, *work in progress*...), el museo quizás pueda mirar a los ojos.

El museo se presta a ser un ámbito mediador entre la realidad y el ciudadano: ha sido llamado a la acción para llamar a la acción a otros. Donde antes hubo condescendencia ahora pretende haber complicidad. El centro gravitatorio del museo ya no se ubica en los objetos o el relato, sino que busca al individuo (una vez más...), sea en su dimensión personal o social. Por fin, frente a un mundo quebradizo y enigmático, frente a una realidad enmarañada y vertiginosa, frente a unos mensajes adulterados y heterogéneos el museo concita la reflexión pausada y sutil, dispone una autenticidad meditabunda y probatoria, y procura al cabo construir paulatinamente un espacio ético, un simulador de comportamientos nuevos, un referente, un refugio, una cabeza de puente. *El museo es un baluarte.*

Biografía

Licenciado en Arqueología y en Historia del Arte, pertenece al Cuerpo Facultativo de Conservadores de museos del Estado por oposición, y desde 1990 dirige el Museo de León. En su ámbito profesional, ha organizado y comisariado exposiciones de variadas temáticas (de la prehistoria al arte contemporáneo). Es autor de una docena de libros y más de medio centenar de artículos científicos y divulgativos, sobre temas relacionados con los museos, entre otros. Es vocal de la Junta Superior de Museos, del Patronato del Museo Arqueológico Nacional y del Patronato de la Fundación Sierra-Pambley de León, y presidente de ICOM-España. Participa como Presidente del Icom –España.